

H CR
056
R454-sc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año V

16 de Febrero de 1936

No. 232

H
056
R454-sc
C.R.



Don Carlos Mangel Rosat

Publicamos la fotografia del muy estimado e inolvidable amigo, don Carlos Mangel Rosat, porque con ello rendimos un culto a su memoria y llevamos un recuerdo del caballero desaparecido, a los suscritores de esta revista, que fueron sus amigos.

Hojas sueltas

Cada uno lleva un mundo en su corazón, lo mismo el joven que el viejo; y este mundo es unas veces "mañana" y otras veces "ayer".

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entonces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir, que la vida se acaba antes que el hombre; así que consumimos la última esperanza, volvemos atrás; solamente que desandamos el camino por la otra calle.

Eche cada uno la sonda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo, y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y, sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha, que apenas cabe dentro de sí; la vida exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay más remedio que echarse a

la calle, o pasar el día asomados a los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende a nuestros pies como un esclavo, y se abre a nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran, y su loca alegría nos arrastra.

José Selgas

La Justicia es aquella virtud por cuya razón se da a cada uno lo que es suyo; es a saber: A Dios, a sí mismo y a su prójimo.—
Raimundo Lulio.

—::—

Acepta gustoso todo cuanto Dios te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento.—

Eclesiástico.



Sueño reparador,
nervios tranquilos
gracias a las
Tabletas de



Adalina

DIRECTORA:
Sara Casal vda. de Quirós
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 16 de Febrero 1936

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

Honor al mérito

Generalmente se reconocen los méritos de las personas después de muertos y muy pocas voces de aliento llegan a quienes laboran en bien público en cualquier forma que sea.

Nosotros que sabemos por experiencia la satisfacción que da la voz amiga que nos brinda frases sinceras para que no desmayemos y sigamos siempre adelante, nosotros queremos rendirle a don Teodorico Quirós A., nuestra sincera admiración por su labor artística y de ingeniería realizada en la bellísima Iglesia de San Isidro de Coronado. Visitamos la Iglesia y nos quedamos sorprendidos al admirar tanto gusto, tanta armonía en las líneas. Grandiosa es esta Iglesia, sus hermosas columnas muy de acuerdo con su tamaño, no hay nada que desentone el conjunto artístico de la obra.

El plano es bellissimo y los departamentos adyacentes a la Iglesia distribuidos en forma

muy cómoda y bonita, saliendo de lo ordinario.

La hermosísima torre es majestuosa y sus columnas dejan admirar una transparencia que nos recordó el Palacio del Rey en la Gran Plaza de Bruselas.

Muy orgullosos deben sentirse los de Coronado al ostentar en su pueblo la mejor Iglesia de la República y de desear es que no dejen al autor de la obra, que don Quico continúe dirigiendo el acabado de la Iglesia para que no suceda lo que pasó con otro templo, que por economía quitaron al arquitecto, y vino a continuar la obra otro que no era arquitecto y la echó a perder, quedando después un adfesio.

Nuestras felicitaciones al Padre Fernández, alma de esta obra, a los isidreños por su generosidad y espléndidez para construir su Iglesia y muy especialmente a don Quico Quirós por su obra artística.

NAZARET

San José y la Virgen María vivían en Nazaret, apoyada sobre una roca. Por la puerta y por las ventanas abiertas entra ese hermoso sol de la Judea que tantas sonrisas trae a la tierra. Por de fuera rodea las paredes una hermosa parra, de largas y verdes ramas, que ofrece a sus dueños sus frescos y dorados racimos... José está trabajando y medio encorvado por el peso de la herramienta... María... ordenando y arreglando la casa; y acordándose de lo que cuando niña hacía en el templo, ora se pone a hilar hilo, ora a tejer lana, porque del trabajo de sus manos han de salir el manto de su esposo José, sus propios vestidos y velos y hasta la túnica de su divino Hijo... Canta... porque en Oriente cantan las mujeres para endulzar las amarguras del trabajo... y en los momentos de alegría improvisan him-

nos de alegría, así como en los ratos de dolor elegías empapadas de suave y casi siempre sublime poesía. Pues recordad ahora, figuraos si podéis, cómo cantaría María en presencia de su prima Isabel, aquel tiernísimo canto: *Magnificad anima mea Dominum*. "Oh! Que cante y ensalce mi alma a mi Señor y a mi Dios! Que salte de gozo mi espíritu, porque el Señor se ha dignado poner los ojos en la pequeñez de su sierva y hacer que en adelante me llamen bienaventurada todos los pueblos y naciones".

La paciencia es una señal de sabiduría. La paciencia es preferible al valor, y el hombre que sabe vencerse es superior al que conquista ciudades.

Del Libro de los Proverbios.

Algo muy lamentable que debe corregirse

Verdaderamente es bochornoso que se den en completa libertad para hacer sus fechorías a tantos muchachos vagabundos que en el mercado acechan a todas las amas de casa que van a sus compras para robarles todo lo que pueden.

Las señoras no pueden tener la menor distracción porque esos chiquillos les roban y son tantos que no es posible librarse de ellos.

Creemos que los faquines debieran estar

organizados como antes, con sus placas y a los que no tienen autorización no permitirles la entrada al mercado.

La vigilancia de la policía debiera ser muy estricta. Y no sólo roban estos muchachos sino insultan a las señoras y usan de un lenguaje muy grosero.

Ojalá que las autoridades tomen nota de lo que dejamos apuntado y se corrija este mal.

Venite Adoremus

Rendidos adoremos al Dios Omnipotente, que niño y entre pajas oculta su esplendor. y humildes le ofrezcamos, cual místico presente henchidas nuestras almas de fe y amor ardiente: los solos dones gratos al Niño-Redentor.

¡Venid, pobres y humildes; venid los pesarosos; los que vivís muriendo, llorando sin cesar... los que sufrís el yugo de inicuos poderosos... siquiera unos instantes venid a ser dichosos, de vuestro Rey humilde las plantas a besar!

¿Teméis su pompa espléndida?... Teméis que (con desvío, cual los soberbios próceres os mire y con horror? ¡Ah!... ved!... pañales míseros son todo su (atavío!...

No tiene oro ni ejércitos; su inmenso poderío conquista sólo espíritus al reino de su amor!

Que siendo Rey de reyes, Señor de los Señores, y de ángeles y de hombres Monarca universal, sus galas son pobreza, desprecios y dolores; su corte más preciada son rústicos pastores; su trono... es un pesebre... su alcázar un portal!

* * *

Cual víbora que asecha del águila al polluelo, en quien presente astuta futuro vencedor, Herodes insidiaba con furibundo anhelo de Dios al Unigénito, nacido en este suelo para romper la férula de su infernal señor.

¡Y ya esa furibunda pantera coronada millares sacrifica de infantes en Belén!... ¿Quién libra de ella a Cristo?... Miradle:

(reclinada

su frente sobre el pecho de Madre Inmaculada, sonríe... tan seguro como en su propio edén!

Así, pujante y pérfida, también asecha hoy día de Cristo a los discípulos la prole de Satán; mas, ¡vanas sus astucias serán y su osadía! vano el encono y rabia de la infernal jauría, que ante el redil de Pedro burlados quedarán!

¿Qué importa que los justos a criminales (manos, como a la hoz la espiga, se miren sucumbir?... "¡La sangre de los mártires es germen de (cristianos!"

La viña de la Iglesia la podan los tiranos cuando presumen, ¡necios! sus cepas destruir!

¡Venid, cristianos fieles! De santas alegrías gozad ante la cuna de vuestro Salvador! ¡Huíd de esos protervos que en báquicas orgías con jácaras impúdicas y cántigas impías blasfemos escarnecen al Niño-Redentor!

¡Atrás los ambiciosos, soberbios y Epulones!... ¡Atrás, avaros Cresos! ¡Atrás, Napoleones, que en lágrimas y sangre fundáis vuestro poder! De Cristo ante la cuna no valen vuestros dones, que ostentación respiran, rapiñas y placer!

* * *

¡Gozad, profanadores de templos y de altares! ¡Gozad mientras os embriaga tan loco frenesí! ¡Gozad, que ya se apresta, modernos Baltasares, la mano aterradora que el "¡MANE-THE- (CELP-HARES!"... escribirá diciendo: "¡Tiranos!... ¡hasta aquí!...

R. Díaz, S. J.

Verdades demasiado crudas

Por Hebe Elsna

Nunca acerté a comprender por qué el tacto, la discreción, habían de estar reñidos con la sinceridad. Sin embargo, a juzgar por la actitud de innumerables mujeres, parece ser un principio generalmente aceptado.

—Me precio de no decir jamás sino lo que pienso... — nos asegura esa mujer que, para mal de nuestros pecados, siempre de nuevo volvemos a encontrar en nuestro camino. Todas las conocemos, pues hay docenas de ellas perfectamente parecidas entre sí. Por lo común, se trata de una mujer de múltiples virtudes: es trabajadora, casera; es ahorrativa, y es también, ¡lamentablemente poco amable!

—¡Soy una mujer franca! — exclamará dignamente este pilar de la sociedad, y no se le ocurre, ni por un segundo, que esta característica podría dejar de ser recomendable. Y, a pesar de que la horrorizaría cualquier otra forma de crueldad, considera muy digno de encomio que ella pase por la vida causando tanto daño con su lengua como puede hacerlo la picadura de una avispa. ¡Pero ella jamás será hipócrita! De ninguna manera... Y si alguna amiga compra un sombrerito que la pobre ingenua cree le queda muy bien, no tardará ella en sacarla del error asegurándole que estuvo pésimamente inspirada al comprarse ese modelo: que en primer lugar es de un color muy difícil, y que hace parecer su tez más terrosa de lo que es, y luego que no le sienta absolutamente...

—¡Pero, querida — le dirá con toda franqueza, — considera que ya no estás en la primera juventud y que deberías haberlo pensado mejor antes de comprar este sombrero... — Y la infeliz poseedora de él, que en efecto pasó ya de los treinta, y que igualmente sabe que su tez no es de las mejores, siente desvanecerse toda su alegría por la compra, a pesar de que sobrepasó en algo su presupuesto.

Basta pasar un día en compañía de una de estas mujeres así, tan terriblemente francas, o lo que ellas llamen así, para sentirse desanimada y abatida.

Se anuncia un compromiso; esta mujer

franca le dirá a la chica que a nadie sorprendió la noticia, pues todo el mundo debía ver a la legua que ella estaba enamoradísima de Rodolfo... Pero ni mencionará que él esté igualmente enamorado o que a alguien le haya parecido así. Y queda claramente establecido que el pobre Rodolfo sólo se dejó cazar.

Y en esta clase de observaciones se sobrepasa a sí misma la mujer franca. Una amiga tiene al esposo enfermo; aquélla le dice que se trata de serias perturbaciones intestinales, y la otra se encarga de hacerle saber la verdad, por si no la sabía:

—Eso, querida, es lo que te dice el médico... Pero creo que no dejarás de saber que lo que pasa con tu marido es que bebe demasiado.... ¡Todo el mundo lo sabe!

Cuando se considera todo el mal que puede causar una mujer así, la indignación que experimentamos es enorme. Y no hay cura para ella; su estimación propia es invulnerable. Cualquiera que pretenda discutir con ella sobre su pretendida franqueza, que en el fondo no es otra cosa que maldad o grosería se vería acusada de hipocresía, de cobardía, sólo por no aprobar sus métodos. ¿Y por qué tolera el mundo a estas mujeres detestables? La respuesta no es sino un comentario sobre la general caridad de la naturaleza humana; porque todas se sentirán inclinadas a asegurar que esa mujer es buena en el fondo, que no piensa lo que dice, y que en un caso de emergencia sería seguramente la primera en ayudar.

Pero no me convencen. Porque si esa mujer es buena en el fondo, ¿por qué había de ocultar su bondad?

Una persona amable, hombre o mujer, es una bendición del cielo, y a todas nos agrada encontrarlos en nuestro camino. Y, gracias a Dios, no son tan raros. Ese hombre que es tan considerado con una mujer vieja como con otra joven y hermosa, siempre nos encontrará, y esa señora de edad que sabe también ser afectuosa con los jóvenes, comprendiendo sus penas y siempre tratando de ayudarlos,

¡Cuánta simpatía y admiración no inspira a todos!

Las trivialidades de la vida cuentan para mucho con nuestra felicidad. Los malos ratos llegan para la mayoría de nosotras, y entonces, ¿a quién se le ocurriría ir a recurrir por la ayuda de un consejo a esa mujer *franca*? Creo que a nadie... El temor por sus verdades tan crudas

nos acorbaría y no desearíamos verla cerca. No soy, por cierto, partidaria de la hipocresía y sí apreciar una crítica justa y de valor; pero esas observaciones *francas* que nos dejan conscientes de toda nuestra inferioridad moral y material, que sólo engendra la desconfianza, que hieren nuestro amor propio, son una crueldad y una maldad como cualquiera otra.

No manches el espejo de tu alma

Cuando la mujer tiene la felicidad de poseer un alma diáfana como la tuya, cuando los querubines han extendido sus alas níveas para cubrirte, cuando tu corazón exhala el perfume de la virtud y la honestidad, cuando todo lo que tocas, todo lo que miras, todo lo que haces, todo lo que piensas, va saturado del ambiente que despiden, de ese ambiente que es de tu alma. No abras surcos dañinos en tu corazón, no pongas imágenes impuras frente a tus ojos, no hables cosas que empañen tu boca y causen en tu aliento el mal olor de lo impuro... No manches el espejo de tu alma.

Si tienes una amiga comparte con ella las horas de alegría, contálgala de tu pureza,

alúmbrala con la aurora de tus ojos, hazla pensar en cosas espirituales, en cosas románticas y bellas como las que nos presenta la naturaleza cuando vamos de paseo por el campo. Atiende muy bien a tu amiga, pero... No manches el espejo de tu alma.

Cuando la hora del sueño llega, recógete en nombre de Dios piensa en los deberes sagrados que tienes para tí y los tuyos, reza tus oraciones y duerme... duerme tranquila pero... No manches el espejo de tu alma.

De "Cultura Femenina"

Horacio G. Noter

San Salvador, Nov. 6 de 1935.

Breves datos de la Asociación de la Juventud Católica Femenina de Chile

Historia. — Fundada el 17 de Mayo de 1921 en Santiago.

Tiene casi mil centros o grupos (parroquiales) y 22,000 socias.

Organización. — Agrupa a todas las jóvenes católicas de 15 a 35 años, católicas prácticas, de todas las condiciones sociales.

Los centros se forman en las parroquias con un directorio compuesto de presidenta, secretaria, tesorera, y tres directoras.

Las reuniones deben ser lo menos cada quince días.

Todos los Centros de una Diócesis están unidos por el Consejo Diocesano, en el cual hay una delegada para cada región, en las que el señor Obispo haya dividido la Diócesis para la Acción Católica.

(Esta división es espléndida; cada región

agrupa varias Parroquias y así ninguna parte de la Diócesis queda desatendida).

Y todas las Diócesis del país están unidas por el Consejo Nacional en el cual hay una representante de cada Diócesis.

Exámenes Científicos de la Vista

Lentes y Anteojos de
todos precios

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Formación. — Esta es la obra más importante, ya que Su Santidad Pío XI desea que "en las obras de juventud se atienda especialmente a la formación". Los medios son: Los ejercicios espirituales, días de Retiro, actos de piedad, Corona Eucarística, (que consiste en la Comunión de una socia cada día del mes, por turnos). Se trata ante todo de fomentar la vida Eucarística en los Centros.

Luego, la instrucción Religiosa; clases quincenales o semanales; indicaciones; conferencias; asambleas.

Apostolado. — La Juventud Católica Femenina tiene muchas obras de Apostolado;

en la Parroquia, la ayuda parroquial para el esplendor del culto; coros; arreglo de altares; catecismos; rezos del mes del Sagrado Corazón y del mes de María, en la casa de los pobres; visitas a los Hospitales y Cárceles, etc. Añádanse las manifestaciones públicas de Fe, tan necesarias hoy día; los Congresos de la Juventud Católica Femenina — ha celebrado diez — en diferentes ciudades del país, con asistencia de centenares de Delegadas, y la ayuda de los Congresos Eucarísticos, los cuales se celebran a menudo, porque nuestro país es devotísimo, gracias a Dios, de la Divina Eucaristía.

Ahora empieza la vida

Por Graciela Madero

Se han cumplido tus sueños, mujer! Tras un noviazgo feliz, delicado y lleno de ilusionados encantos, te has casado con el elegido de tu corazón, a quien amas y que te ama.

El confía en tu afecto, como tú confías en el suyo. Confía, asimismo, igual que tú a su respecto, en tu buen sentido, en tu criterio ecuánime. Nada hay de misterio entre vosotros, y él puede leer en tu alma, como en un libro abierto, a través del claro cristal de tus ojos. Vuestros gustos son similares, vuestras esperanzas son comunes, amáis vuestro hogar, que lleva impreso el armónico sello de vuestras dos personalidades. No sois ricos, pero no os faltan comodidades y holgura. El trabajo cotidiano os proporciona, dentro de límites razonables, cuanto necesitáis para vuestra existencia ordenada y no desprovistas de distracciones ale-

gres. La luna de miel ha sido tal como la soñaste, llena de floridos ensueños, y de recíprocas delicadezas. Todo es sonrisa placentera y amable a tu lado. Eres feliz, plenamente feliz, y andas por tu pequeña casa como un pájaro por su nido. Ora atiendes livianos que haces domésticos, ora dispones un adorno, ora lees, ora cantas, mientras las horas van pasando en espera del esposo a quien retienen sus ocupaciones, pero que desea tanto como tú, bien lo sabes, estar a tu lado cuanto antes.

Acaso entre las labores que a ratos atiendes, figuran ya los implementos minúsculos de un ajuar de niño, que empiezas a tejer entre suspiros alegres...

Todo es dicha y paz, todo es exaltación fresca y clara de vida en tu hogar donde se ñoreas como reina.

Julia M. v. de Woodbridge en EL CHIC DE PARIS RECIBIÓ:

Telas rosadas y elásticos especiales para fajas desde 2 centímetros hasta 30 de ancho. Talladores grandes para personas gordas. Medias de hilo de Escocia clase superior a ₡ 2.00 par — Trabajos de mano en lino desde ₡ 0.75 — Mantelitos con servilletas para hacer desde ₡ 8.00 — Trabajos en esterilla, algo lindísimo desde ₡ 1.00 — Un inmenso surtido en filosedas y sedas lisas y matizadas para ropa de niño, parretas blancas y en colores, y encajes de lino también en colores.

VISITE EL CHIC DE PARIS. En su jardinería La Gardenia, Paseo Colón, Teléfono 3493
J. M. v. de Woodbridge se hace cargo de toda clase de trabajos florales

¿Podré yo acaso turbar con mis reflexiones, no ya amargas, pero sí sensatas, la emoción de ternura en que van transcurriendo tus días? ¿No será criminal que lo haga? Y bien, ¡no! Por tu bien, en defensa de tu felicidad, en defensa de tu amor, en defensa de todo cuanto te rodea y te halaga, he de hablarte, para decirte que hasta aquí todo ha sido una vida de ensueño, todo ha sido romance y poesía. Acaso siga siéndolo, y es lo deseable. Pero precisamente para ello tendrás que empezar a aplicar, de ahora en más, el esfuerzo tenso y constante de tu voluntad.

Te han educado en la idea de que al casarte culminaron tus sueños, se allanaron las dificultades, y después todo será un camino de rosas, que seguiréis de la mano hasta los confines del tiempo. Pero no es esa la vida. Lo

que ahora vives es el intervalo entre el ensueño y la existencia verdadera. Esta va a empezar de un momento a otro. Acaso se detiene en llamar a tu puerta, porque le duele tener que turbar con sus agitaciones, con sus inquietudes, con sus angustias el remanso que esa puerta resguarda. Pero fatalmente ha de llamar más temprano o más tarde, y tendrás que recibirla.

Saca de la felicidad en que ahora vives las reservas de energía y de optimismo que te han de ser necesarias para cuando, hoy mismo, quizá mañana, ese momento llegue. Y para ello, entérate desde ya de que ese momento ha de llegar, a fin de que no te sorprenda y te acongoje su llegada. Yo procuraré irte ayudando...

Hasta ahora has vivido el romance. De un momento a otro empezará la vida. Aguárdala con serenidad.

Baños de optimismo

Por Elisabeth del Valle

M. Andrés Bellessort, conocido escritor y miembro, desde hace poco, de la Academia Francesa, considera que el optimismo es una verdadera higiene del espíritu, absolutamente indispensable para mantener intacta y vigorosa la salud del alma.

Al contemplar la vida, dice, se ensucia uno el espíritu, como se ensucia las manos al actuar en la vida. Es preciso lavarse moralmente varias veces por día, del mismo modo que uno lo hace materialmente con agua y jabón.

Y agrega: Prestará un gran servicio a la humanidad el inventor que descubra la bañera psíquica, que preste a las almas un servicio igual al que esos aparatos de higiene prestan a los cuerpos humanos.

No paran aquí los conceptos de Bellessort, porque el nuevo académico es también autor de la siguiente definición: "El pesimismo es una falta de imaginación".

Todas estas palabras, que parecen simplemente risueñas e ingeniosas, encierran, sin embargo, un gran fondo de seriedad trascendental, al punto de que los conceptos que ellas traducen pueden catalogarse entre los de más considerable importancia para los seres humanos.

Por eso, y por coincidir con la constante prédica estimuladora que difunde, con tan plausibles propósitos y tan saludables efectos la mejor revista de la mujer para la mujer, me ha parecido oportuno difundirlas desde sus columnas con unas breves amplificaciones marginales.

Insisto en decir que el problema que aborda Bellessort es de fundamental importancia, pues atañe nada menos que a la felicidad o la desdicha de los seres humanos.

Admitimos, porque es innegable, que nuestro bienestar material y moral, o viceversa, nuestra desgracia y nuestros dolores, nos vienen, fundamentalmente, de circunstancias y factores ajenos a nosotros mismos, y, las más de las veces, ajenos a nuestra voluntad. Pero tan innegable como esa verdad es la de que puede ocurrir también sea nuestro propio espíritu el que elabore sus placeres o sus penas. Y lo más corriente, entre ambos extremos, es que el espíritu influya sobre la reacción sentimental de los acontecimientos y factores externos, condicionándolos a su manera, según que esa manera sea optimista o pesimista. Quiere decir que un mismo hecho capaz de suscitar nuestra preocupación, o aun nuestro dolor, dejará en el espíritu del

optimista el camino fácil al consuelo y al olvido, y las puertas abiertas para otras emociones gratas que compensen su acción, en tanto que sumergirá en un océano de angustias y pesares, sin orillas, al espíritu del pesimista.

El espíritu predispuesto al pesimismo, que no sabe combatirse a sí mismo, es pues, en una parte considerable, fuente y causa de sus propios dolores. Y esa manera de ser, además de suscitar, vez por vez, la angustia de los instantes tristes, acaba por quebrar la salud del alma, desproveeyéndola de todas las energías que le son indispensables para afrontar la lucha por la vida, que lleva implícita la lucha por la felicidad.

El optimista, en cambio, sin que se entienda que aludimos al ingenuo que todo lo ve color de rosa, aunque sea negro, sino al que sabe sacar experiencia y fortaleza de las contrariedades, el optimista, repetimos, afrontará las situaciones con un equilibrio espiritual que de antemano representa una formidable arma para superarlas.

Razón más que sobrada tiene Bellessort cuando expresa que el pesimismo es una falta de imaginación. Parecería, en efecto, que tanta imaginación hay en el pesimista como en el optimista, con la diferencia de que la del primero se inclina hacia las concepciones dolorosas, y la del segundo hacia las concepciones alegres. Pero no es así, sino como el autor francés lo expresa. Porque el primero, en lugar de poner en juego su imaginación, no hace otra cosa que dejar que la emoción penosa que lo ha herido siga trabajando por sí misma su espíritu. Es ella la que crea su propio cortejo de mayores tristezas. El optimista, en cambio, opone a la emoción penosa las creaciones dinamizantes y sanas de su fantasía, y de ellas saca el brío que le permite vencerlo todo, igual que ha vencido su propia tristeza.

DE LOS PROVERBIOS DE SALOMON

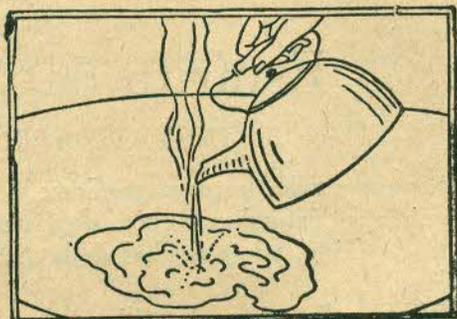
Quien se compadece del pobre, da prestado al Señor, y éste se lo pagará con sus ganancias.

El justo que procede con sencillez, dejará después de sí hijos dichosos.

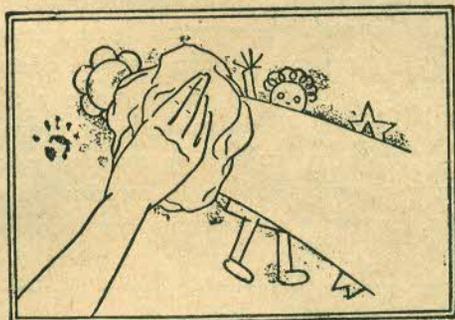
De las inclinaciones del niño se deduce, si sus obras serán en adelante puras y rectas.

ESMALTE

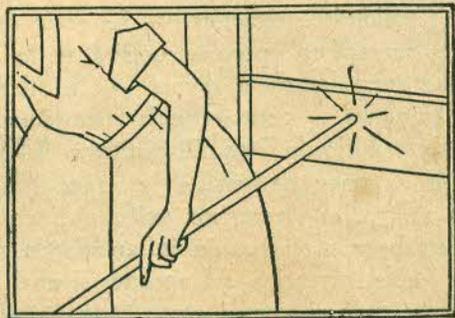
PABCO
Cin-dek



Resiste calor - No se mancha



**Se limpia fácilmente
A prueba de agua y alcohol**



**No se revienta, raja ni escarapela
Seca rápidamente**

No lo afectan las soluciones cáusticas

Almacén KOBERG

Kindergarten Salesiano

Las muy queridas hermanas Salesianas residentes en Heredia, abrirán en Marzo su Kindergarten en la ciudad de Heredia.

Es una gran dicha para las madres poder contar con un kinder para sus hijitos, pues pueden estar seguras que no sólo les enseñarán cosas útiles, sino que les formarán el corazón y sembrarán en sus almitas el amor al Niñito

Dios que será la base de su felicidad eterna.

Es indiscutible que la pedagogía de don Bosco es algo único y las hermanas Salesianas formadas a base de ella, la inculcarán a sus discípulos desde sus más tiernos años y las madres recibirán los mejores frutos de tan sabias enseñanzas si entregan sus hijitos a las madres salesianas.

Espíritu de la Acción Católica

INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO

Restaurar todas las cosas en Cristo, o sea cristianizarlas, infundiendo por doquiera el espíritu de Cristo, tal es el ideal de la Acción Católica.

El rasgo distintivo del católico es la adhesión al Papa, al Vicario de Cristo, "el dulce Cristo en la tierra", como llamaba Santa Catalina de Sena al jefe supremo de la Iglesia. Y el Papa encarece la Acción Católica para que la vida de Dios crezca en las almas y dé los frutos debidos, y cristianizando al individuo, se cristianice la familia y la sociedad y la escuela y el parlamento y la constitución y la patria, en contra del laicismo que todo lo absorbe. Los católicos deben estar alerta y considerar que la humanidad no se detiene en vías medias y tiene que escoger: o el ateísmo militante y sangriento de Moscú o el retorno a la civilización cristiana y salvadora de la Roma católica.

Cualidades necesarias. — La socia de A. C. es un apóstol, porque coopera en la obra divina entre las obras divinas — la salvación de las almas — obra escogida como suya por el mismo Hijo de Dios. El distintivo del apóstol es el amor ardiente a Jesucristo. "Vivo, más no yo, es, Jesucristo quien vive en mí" exclamaba con el corazón inflamado de amor San Pablo, prototipo del apóstol, el cual consideraba todo el mundo como fango y sólo le servía para depositar en él, la semilla de Jesucristo, por sus predicaciones, sus sufrimientos y su muerte.

La socia de A. C. debe ser alma de oración. No debe contentarse con oraciones voca-

les, sino practicar la oración mental, haciendo por lo menos un cuarto de hora de meditación diaria. Esta es la mejor formación para el apostolado de la Acción Católica.

La socia de A. C. debe ser alma eucarística. No debe contentarse con el contacto con Jesucristo por la fe, sino buscar en la Comunión diaria el contacto verdadero, inefable, que transforma el alma y despierta en ella el anhelo de perderse y olvidarse en Jesucristo.

La socia de A. C. debe tener virtud sólida. Nada de virtudes fáciles, cómodas, pueriles, que no resisten al embate continuo de las contradicciones ni a luchas prolongadas contra los obstáculos. La Cruz salvó al mundo; la Cruz es la enseña del Maestro y sólo son sus discípulos los que están marcados con la Cruz. Todo lo demás es oropel, egoísmo, deseo de superar a los demás, afán de gozar...

La socia de A. C. debe tener cierto grado de instrucción religiosa, variable según el campo de acción, pero indispensable para todos.

Medio para formar apóstoles.—El Papa Pío XI declara que es la práctica anual de los Ejercicios espirituales de San Ignacio, a los cuales ha consagrado una Encíclica.

Campo de apostolado.—El campo de acción está indicado en las actividades señaladas en cada uno de los Centros, las cuales están pidiendo y reclamando pronta y eficaz cooperación, que ha de nacer, espontánea y como naturalmente de la formación interna del espíritu, del hábito de la oración mental de la unión de Cristo.

De *El Debate*, Panamá.

LA CALUMNIADA

NOVELA

—Pero deja aquí a la niña—dijo Claudina interrumpiéndola.—Juan está acostumbrado a que, al caer la tarde, lo vaya a visitar, y si hoy no lo hace notaría mucho su falta.

—Es natural—contestó Beata,—pero... ¿qué iba yo a decirte?... ¡Ah, sí!; no te olvides de la sortija de boda.

—¡Es verdad!—repuso con tristeza, y fue a sacarla de un cofrecillo.

La señora de Lindenmeyer lloraba en el vestíbulo, esperando, junto a Beata, a que Claudina se despidiera de su hermano.

—¡Dios mío! — decía la anciana—¡Tan joven, tan dichosa, y morir! ¿Que Dios le conceda, al menos, la satisfacción de volver a ver su patria!

—¡Quiéralo Dios! — dijo Claudina, que se dirigía a la puerta en compañía de Beata.

Esta, que trataba maternalmente a la prometida de su hermano, quiso asegurarse por sí misma de que no le faltaba nada. La colocó en el trineo; le hizo notar que llevaba en él un calorífero y una manta de pieles, y, por último, la abrazó. El carruaje desapareció con la rapidez del relámpago: sus faroles trazaban sobre el blanco camino una estela luminosa, mientras que el ruido de los cascabeles sujetos en las guarderías de los caballos iba debilitándose cada vez más. Claudina iba tan absorta en sus tristes pensamientos que no notaba el frío que le cortaba la cara.

El camino que tenía que recorrer era corto, pero necesitaba detenerse después dos horas en W...: en invierno no enlazan bien los trenes ni son puntuales. Al llegar a W... se dirigió a la estación: la sala de espera estaba brillantemente alumbrada: Claudina no se levantó el espeso velito de lana negro que Beata habíale puesto en el sombrero, y que ocultaba su rostro del mismo modo que una careta: fué a sentarse en un rincón.

Sentados en un ángulo de la estancia y

no lejos del lugar donde ella se hallaba, se encontraban dos personas: la dama llevaba también el rostro oculto por un velo espeso; su compañero daba la espalda a Claudina; ésta sólo vió de él el pelo corto y canoso: estaba envuelto en un gabán de pieles de alto precio, y había colocado el sombrero en la mesa sobre la cual se apoyaba para consultar una guía. Cada vez que volvía una hoja del cuaderno, brillaba un magnífico solitario montado en una sortija. Sabido es lo penosamente que se deslizan las horas de espera en una estación de ferrocarril y lo bien acogida que es en tal caso cualquiera distracción. Claudina se interesó en cierto modo en la observación de aquellas dos personas: cuanto más miraba a la dama, más le parecía que no le eran desconocidos ciertos ademanes, y ciertos movimientos de cabeza.

La dama hablaba con gran soltura pero en voz baja, y adelantaba la cabeza hacia su compañero para hablarle más de cerca.

Este retrocedió con un movimiento de contrariedad.

—¡Locura!... —dijo a media voz en inglés.—Ya le he dicho a usted cien veces que no iba más que hasta Francfort para arreglar allí un asunto y que regresaría inmediatamente.

—Sí, pero yo no le creo a usted—le replicó la dama en el mismo idioma,—y me veo en el caso de decirle por centésima vez: Si usted me engaña, tenga cuidado: ya sabe usted que sé vengarme.

—Eso no le sería tan fácil como usted se figura: usted no puede herirme sin resultar herida.

—Me importaría poco, y no sería eso lo que me detendría.

Es verosímil que su compañero viese en su mirada algo que le hiciese reflexionar, porque hizo un movimiento que lo puso casi de frente a Claudina, y tomó la mano de la dama, con la cual empezó a cuchichear.

—¡Era... sí... no había duda; era el

señor de Palmer! Y entonces Claudina conoció también a la señora de Berg. ¿Qué significaba, pues, aquella aproximación?

—Vamos, amiga mía—decía Palmer—procuremos razonar: ¿cómo quiere usted, que yo prescindiera de usted, de un auxiliar tan poderoso? Aunque no hubiera otras cien consideraciones, comprenda, por lo menos, que usted me es necesaria en extremo.

Dejáronse oír los silbidos de un tren y pronto tembló la estación con su llegada.

¡Señores viajeros para Francfort-sur-le-Mein, al tren!—gritó un empleado de la estación.

—El señor de Palmer se levantó con rapidez.

—Quédese usted aquí—le dijo a su compañera.

—Supongo que no me querrá usted privar del gusto de que le acompañe hasta el vagón—le replicó la señora de Berg con acento irónico.—Es posible que pase mucho tiempo antes de que nos volvamos a ver.

Palmer no contestó y se precipitó en el andén seguido de su compañera.

Claudina se levantó, movida a curiosidad y se acercó a una ventana: vió a Palmer subir en un vagón de primera clase; luego partió el tren, y la señora de Berg, envuelta en un abrigo de pieles, volvió muy despacio a la sala de espera, se fijó un momento en Claudina, que seguía cubierta con su velo, y luego pidió té y periódicos.

Palmer podía muy bien haber tenido necesidad de emprender un viaje de negocios, pero ¿cómo explicar la resistencia de la señora de Berg y la sospecha que había demostrado tener? ¿Era presumible que se hubieran asociado ambos para el tráfico de intrigas vergonzosas?

Por último dieron la señal del tren que Claudina debía tomar. La joven se quedó un poco detrás, para no subir en el mismo vagón que la señora de Berg. No había más que dos compartimentos de primera clase, y habiendo subido la señora de Berg en uno, Claudina se dirigió al otro: había en él un viajero, y la joven se preguntó si no valdría más subir en un vagón de segunda clase.

—¿Está libre el departamento de segunda clase en el que está prohibido fumar?—preguntó a un empleado.

—No, señora; hay en él cinco viajeros y una dama, y el compartimento de señoras está ocupado por una familia.

Optó pues por subir al vagón que estaba abierto ante ella, y tomó sitio en un ángulo cerca de la ventanilla. El viajero que allí había parecía dormir, y no se veía de él otra cosa que un abrigo de pieles, una gorra encasquetada y una manta de viaje. El trayecto no era largo; unas dos horas aproximadamente. Claudina apoyó la cabeza en el respaldo: estaba cansada, pero la lassitud del cuerpo no pudo dominar la agitación de sus pensamientos. La duquesa iba a morir; perdía con ella lo que hay de más precioso es el mundo; una amiga verdadera; ella recobraría su libertad: tan pronto como la duquesa cerrase los ojos para siempre, devolvería a Lotario su sortija, y todo habría concluído. ¿Y después? ¿Qué vida se preparaba para ella! La de una joven noble y pobre que sufre toda clase de privaciones desconocidas hasta de los más miserables: eso, después de todo, no era nada; pero los recuerdos, el pesar... ¿Cómo soportar sus cruentos dolores? Verdad es que no estaba sola, pero Juan era aún muy joven, se volvería a casar quizá, y su mutua ternura se debilitaría; hasta pudiera ser ella una carga, tanto para él como para su mujer. Si además se casaba Beata, si abandonase la comarca, ¡qué aislamiento más espantoso le esperaba! Pero, no... Estaba loca. Juan no se casaría: ¿dónde había de encontrar mujer? No ciertamente en la soledad de la casa de los Mochuelos: le quedarían Juan y su hija: su falta de valor era censurable, una especie de enfermedad del espíritu que le hacía considerar el peor extremo que las cosas podían ofrecer: ¡cuántas había solas y más desgraciadas que ella!

Se incorporó y procuró cambiar el curso de sus pensamientos, contemplando la capa de hielo brillantado formada en los vidrios. De repente se estremeció sobrecogida de espanto... El ruido y el movimiento del tren,

que emprendía, de nuevo la marcha después de haberse detenido en una estación algunos minutos, la habían distraído, y no había visto que el viajero se había levantado, se había acercado a ella y que le tocaba el brazo con la punta de los dedos. . . En el momento en que iba a exhalar un grito, reconoció a Lotario.

—Es usted—le dijo él con acento cariñoso,—la he conocido a pesar del velo que la cubre; pero no tiene gran mérito: no hay en el mundo cabello que pueda confundirse con el de usted. ¿Va usted a la residencia? .

Mientras que así hablaba, denotaba en su fisonomía alegre sorpresa; tendió la mano como para estrechar la de Claudina; siguió con la gorra puesta. . . . Se sentó: era evidente que luchaba con sentimientos opuestos.

Claudina se había dominado rápidamente.

—Sí—repuso con calma, conservando ambas manos resguardadas por el mantón.—He sabido por telegrama que Sus Altezas llegarán mañana por la mañana, y me he puesto en camino inmediatamente.

—Ruego a usted que me diga si todo va bien en mi valle.

—Muy bien.

—¿Y mi hija?

—Me parece que está buena.

—No está usted segura? — preguntó con amargo acento.

Ambos guardaron silencio por un instante: se detuvo el tren: el paso apresurado de algunos hombres hizo crujir la nieve, de la parte de afuera: oyóse abrir la puerta de un compartimento, cerrarse, y el tren recobró su marcha.

—Claudina—exclamó con vacilación—le he escrito a usted anteayer: mi carta debe llegar hoy a la casa de los Mochuelos.

Ella inclinó la cabeza sin mirarle.

—Me encontraba en una situación muy penosa—prosiguió diciendo,—encerrado en aquel viejo edificio sin muebles, bloqueado por la nieve a dos horas de distancia de la ciudad más próxima, e ignorándolo todo, y suponiendo por eso mismo, todo, hasta lo imposible. Tal aislamiento en país descono-

cido me parecía insostenible; entonces me pregunté que por qué sufría tan duro destierro, por qué me había condenado a aquel aislamiento, y le he escrito a usted para preguntarle si. . . .

Ella le interrumpió.

—¿Para preguntarme qué? Yo no puedo obligarle a usted a que cumpla su promesa, y en verdad que nunca pude condenarle a soledad tan penosa: podía usted haberse ido a Viena, a París, a. . . . ¿qué sé yo? . . . , a cualquier gran ciudad que le hubiera ofrecido a usted distracciones.

—En mi carta—repuso Lotario con calma—le preguntaba a usted si no debía tener fin esta farsa: esto es verdaderamente pueril. . . .

Claudina hizo un movimiento de indignación; ¿hablaba él seriamente?

—¿Me pregunta usted eso ahora—exclamó ella,—en el momento en que tan cerca está la solución? La infeliz duquesa no vivirá quizá veinticuatro horas, y le haríamos perder el fruto de una ilusión que ambos hemos pagado muy cara. Tiene usted mucha prisa por recobrar su libertad.

—Usa usted un lenguaje muy amargo—dijo Lotario, contrariado y compasivo a la vez,—pero tiene usted razón; en atención a los sucesos que se avecinan, valdría más no hablar de esto; sin embargo. . . .

—No, no; dejémoslo.

—No obstante, no puedo dejar de hablar de ello: la duquesa se ha dirigido a mí directamente, y yo no puedo dejar que usted lo ignore.

Lotario sacó de su cartera una carta y se la dió a Claudina: ésta hizo una señal negativa.

—Esta carta es de puño y letra de la duquesa: la pobre señora ve sus últimos días amargados por preocupaciones; si me lo permite usted, Claudina, le leeré la carta.

Sin fijar su mirada en el pálido rostro de la joven, leyó Lotario lo siguiente:

“Mi querido barón:

Estas líneas se las dirige una moribunda que ha titubeado mucho tiempo antes de escribirlas. Le suplico que me preste usted su

concurso en la medida que le sea posible, en una circunstancia de las más importantes desde el punto de vista de mis aficciones.

Contésteme usted francamente a una pregunta, cuya indiscreción perdonará usted si tiene en cuenta que la que se la hace no debe vivir el tiempo bastante para abusar de su confianza. ¿Quiere Ud. a su prima. Si usted no ha hecho más que obedecer a un impulso generoso al ofrecerle su mano, devuélvale su libertad a esa pobre joven: si así lo hace, preparará usted la ventura de dos seres que me son queridos.

Isabel".

Claudina, con el corazón dolorido, escuchó la lectura de la extraña carta ¿Qué significaba aquello? ¿Había vuelto a sospechar la duquesa que el duque y ella se amaban, o era que la princesa Elena se había confiado a la duquesa para que interviniese cerca de Lotario a fin de renovar el proyecto de enlace, no hacía mucho tiempo abandonado?

—Y usted, ¿qué ha contestado?—le preguntó Claudina con voz apagada.

—Me he puesto en camino para llevarle a su Alteza mi contestación. Yo he procedido siempre con entera sinceridad. Una vez, una tan sólo en mi vida, he consentido en fingir; pero se trataba de no romper un corazón, y, de otra parte, creía que la palabra dada no podía recobrase, aunque la tuviera que sostener al precio de la felicidad de mi vida. Dejemos ese recuerdo: pertenece al pasado, y está sepultado ya. Desde entonces, ninguna consideración ha podido obligarme a que disimule mi manera de pensar ni de sentir. Le diré, pues, a la duquesa...

Un ligero grito le interrumpió. Claudina tendió la mano hacia él, llorando.

—¡Basta!—le dijo,—yo no soy la duquesa.

En aquel instante se detuvo el tren: el barón reconoció los edificios de la residencia ducal: había llegado al punto de su destino.

Claudina se había apeado antes de que él hubiera podido hacerle para ofrecerle la mano: la esperaba un lacayo que había ido

con un coche de palacio. En el momento en que tomaba asiento en él, Lotario sujetó la portezuela: le pareció a ella que estaba demudado y que había enflaquecido.

—Ruego a usted, prima mía, que me indique usted hora oportuna para que hablemos.

—Mañana.

—¿Únicamente mañana?

—Sí.

—Lotario se hizo atrás saludándola, y tomó un coche para irse al hotel.

—¿Cuál es la verdad?—se dijo.—¿Tendrá razón la duquesa? ¿Querrá al duque? ¿Le seré yo indiferente?

Claudina se apeó del coche ante el cuerpo de edificio habitado por la duquesa viuda en el palacio ducal. En aquel instante enarbolaban el estandarte del soberano, señal de que el tren que lo conducía entraba en sus Estados. La joven encontró en el segundo piso el cómodo y lindo departamento que le había sido destinado, la anciana princesa la llamó en el curso de la mañana. Claudina la encontró sentada en su sitio de costumbre, junto a la ventana que dominaba la población y desde la cual se veía el campo. La joven había pasado días muy felices leyendo o trabajando en aquel lindo salón decorado con muebles raros y cuadros de mérito; pero ni la princesa ni ella tenían tiempo de remontarse al pasado: ambas fijaban sus llorosos ojos en el camino por donde debía aparecer el tren expreso que traía a la pobre enferma.

Esta había querido regresar para volver a ver a sus hijos y verla a ella, decía la anciana princesa, meneando la cabeza tristemente.

—La desgracia que hiere a mi hijo es mayor aún de lo que se cree: actualmente ama con toda sinceridad a su mujer, y ese matrimonio hubiera sido ahora muy feliz.

El duque había prohibido toda recepción que hubiera podido conmovir a la enferma. Sin embargo, su madre quiso ir a su encuentro con el príncipe heredero y en compañía de Claudina. Hacia las dos de la tarde salieron de palacio. Un cielo sombrío

de noviembre cubría la ciudad con manto de plomo. A pesar de la prohibición, una multitud, silenciosa, pero considerable, llenaba las calles que conducían la estación.

El landó de la anciana princesa se detuvo al pie de las gradas por donde se sube al salón de espera. Acababa de darse la señal de la llegada del tren, y no tardó éste en detenerse, mugiendo y como cansado de su rápida carrera. El duque bajó el primero, y besó la mano de su madre; después ayudó a descender a su esposa: todas las miradas se fijaron en aquel semblante pálido, cuyos ojos buscaban ansiosamente a su hijo: estrechó a su suegra entre sus brazos, y besó a su hijo...

—Ya estoy aquí—dijo con voz débil.—doy gracias a Dios, que me ha concedido la dicha de volveros a ver.

Apoyada en el duque y en su hijo, anduvo lo poco que la separaba del salón de espera. Devolvía con benevolencia los saludos que le dirigían. La princesa Elena, su dama de honor la señora de Katzenstein, y todo el personal de la corte, iban detrás de ella.

Al ver a Claudina, sufrió un estremecimiento; la llamó con un movimiento de cabeza y le indicó el coche. La joven se le acercó rápidamente y se inclinó sobre la mano que la duquesa le tendía.

—Ven Dina — le dijo en voz muy baja la enferma,—ven conmigo y con mi hijo; Adalberto subirá en el coche de su madre.

La llevaron al carruaje, y se emprendió la marcha al paso por entre la multitud conmovida y silenciosa.

—Saluda, hijo mío—le decía al príncipe,—saluda a esos buenos corazones: saben que estoy muy enferma, y ya lo ves, parece que todos están tristes.

Luego cogió la mano de Claudina y le dijo:

—¡Qué contenta estoy de haberte encontrado aquí! Habían llegado a palacio.

—Cuando haya descansado un poco—dijo a la joven,—te haré llamar.

Claudina se retiró a su habitación y prescindió al movimiento que se producía en el viejo palacio, súbitamente reanimado: los

coches se sucedían sin interrupción; la guardia, había sido relevada; por todas partes se iluminaban las ventanas; la nieve caía cada vez más densa.

Las horas transcurrían, y Claudina seguía siempre sola. Le habían servido el té en su departamento. Sentada en un sillón, contemplaba la azulada llama que ardía debajo de la tetera, y pensaba en el aislamiento que Lotario había sufrido. Sí, sí, es penoso, muy penoso encontrarse uno solo, encerrado con sus dolorosos pensamientos y con la incertidumbre.

¡La incertidumbre!... Sintió un impulso de cólera contra sí misma. No cabía duda de que ella conocía, mejor que nadie, lo que Lotario había sentido siempre hacia ella.

La princesa Elena estaba muy tranquila: la expresión violenta de su fisonomía se había transformado en cierta especie de seriedad... era indudable que tenía esperanzas... muy fundadas.

¿Qué deseaba de ella la duquesa?... Era muy sencillo. Después de hablar con Lotario, la llamaría a ella y le diría: "Sé a tu vez generosa: devuélvele la libertad por la cual suspira".

Demasiado sabía ella que él no rompería su compromiso; que sería esclavo de su voluntaria generosidad. ¿Por qué todos los sacrificios habían de imponérsele a ella? ¿Y si ella se negara a devolverle su palabra, si prefería vivir desgraciada a su lado, antes que renunciar a él?

Claudina meneó la cabeza y se dijo: "No, porque él ama a la princesa Elena, y sería tan desgraciado como yo".

Dieron las nueve en el magnífico péndulo. Era indudable que la duquesa estaba muy cansada para que pudiera verla aquel día. Esperaría hasta las diez y se acostaría luego. Pero, minutos antes de dicha hora, fué a buscarla la doncella de Su Alteza.

Atravesó por los comedores y llegó al departamento de la duquesa.

La enferma estaba en su cama, una cama muy baja, cuyos cortinajes pendían de una águila dorada.

—Es tarde, Dina—le dijo la enferma con voz cascada y opaca;—pero duermo poco, por no decir que nada, y he creído que tendrías gusto en acompañarme un rato. ¿Cómo van tus asuntos?

—Bien, Isabel; no tengo otro pesar que el de verte enferma—le repuso Claudina sentándose junto a la cama.

—Claudina, aún tengo que tomar muchas disposiciones y que arreglar muchas cosas, y no podré hacerlo cuando lleguen mis padres, a quienes espero. Ayúdame en todos esos detalles.

—Te alarmas sin razón, Isabel.

—¡Yo ya sé lo que digo... y lo que hago!

Volvióse, y fijó sus grandes ojos en la joven, como si hubiera querido penetrar hasta el fondo de su alma...

—Eres una prometida extraordinaria—le dijo,—y vuestra situación es extraña en extremo: él por un lado, tú por otro..., ese matrimonio que no se realiza, sin que nada justifique el retraso... Confíase Claudina, que hiciste un sacrificio el día..., aquel día terrible en el cual le concediste tu mano: habla, Claudina, dime la verdad, la verdadera verdad. ¿Verdad que no le amas?

Claudina guardó un instante de silencio, y luego respondió:

Isabel, yo quiero a Lotario con todo mi corazón: lo quería antes de saber lo que era amar a un hombre por el cual se daría la vida con gusto. Aún era yo casi una niña, y lo quería ya.

La duquesa guardó silencio y respiró con fuerza varias veces.

—No me crees, Isabel?

—Sí que te creo: hay asientos que no engañan: la mentira no puede imitarlos nunca. Pero, ¿y él?, ¿te quiere?, ¿sabes si te quiere a tí?

Claudina bajó los ojos y dijo en voz baja:

—No lo sé; lo ignoro en absoluto.

—¿Y si supieras tú que él no te quería? ¿desearías casarte con él, a pesar de ello?

—Eso, no..., de ninguna manera.

—¿Y... no consentirías tú, en ese caso, en casarte con otro que no fuera él, con otro que te amara profunda y apasionadamente?

Claudina guardó silencio y permaneció inmóvil como una estatua.

—¿Sabes tú por qué me he empeñado en venir aquí a riesgo de morirme en el camino?—prosiguió con animación la duquesa:—Pues he venido para consumir las últimas fuerzas de mi vida en asegurar la dicha de lo que me es más querido que todo en el mundo. Cuando me fuí a Cannes, el egoísmo luchaba aún en mí contra el espíritu del sacrificio: ahora..., ¡oh!, ahora no pienso ya en mí, sino en él... Claudina, el duque te quiere... y nunca me quiso a mí; te quiere, y su corazón es tan noble, que no hay mujer que no fuera dichosa al sentirse amada de esa manera. Nunca te olvidará, jamás..., lo conozco: contéstame, pues.

—Te equivocas—dijo Claudina con energía,—el duque no me quiere; te lo aseguro.

—¡Si supieras cuán cierta estoy...! El duque hallaría en tí una compañera tan generosa, tan abnegada..., ¡y mis pobres hijos!... Tú eres la única mujer a quien yo los confiaría con júbilo... al dejar este mundo.

—¡Oh, no..., no puedo!... No me casaré nunca, si no puedo hacerlo con Lotario—exclamó Claudina con vehemencia.—Dispénsame que no te haga promesas que no podría cumplir. Dispón de mi vida entera... tuya es, si la quieres; pero mi corazón no me pertenece ya, y no puedo dártelo.

La duquesa miraba tristemente a su amiga, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pobre hombre!—dijo hablándose a sí misma,—yo esperaba que fuera dichoso, por mi esfuerzo..., pero no es posible.

Y alzando la voz añadió:

—¡Qué funesta complicación! Tú quieres a Lotario, y él... ¡Pobre princesa Elena!

—Isabel—exclamó Claudina con voz trémula,—yo no quiero obligarle a que renuncie a su dicha. Escucha: devuélvele su pa-

labra en nombre mío: sé que debes verlo a propósito de esto...

—Sí, mañana—dijo la duquesa.

—Devuélvele esto—dijo Claudina entre gándole la sortija,—y ya tienes asegurada la dicha de la princesa... Déjame seguir mi vida en la soledad, lejos del mundo, lejos de todo lo que me pueda recordar a Lotario.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Claudina—dijo la duquesa, que se había puesto la sortija en un dedo,—no me dejes de ese modo. Mirame: ¿cuál de las dos es más desgraciada, tú o yo? Ayúdame a hacer de todos nuestros dolores reunidos un poco de felicidad para los demás.

Claudina volvió al lado de la cama.

—¿Qué más debo hacer aún?

La duquesa pidió un poco de agua; luego hizo que le diese un cofrecillo y sacando de él una hoja de papel, se la entregó a Claudina, diciéndole:

—Es la lista de los insignificantes recuerdos que dejo a los que me han querido: léela: no es más que una copia: el original lo tiene el duque. Lee en voz alta, quiero ver si me he olvidado de alguien.

Claudina leyó con voz temblorosa: un mar de lágrimas inundaba sus mejillas.

“A mi querida Claudina de Gerold le dejo mi gran velo de punto de Inglaterra, que llevé el día de mi casamiento”.

La joven se puso vivamente encarnada: comprendió la significación del legado.

—Borra eso—dijo arrodillándose al pie del lecho,—bórralo.

—Qué triste me es hacerlo, Dios mío! —exclamó la duquesa... —¡Tú y él, desgraciados... los dos seres a quienes más he querido en el mundo!

Claudina besó las manos ardientes de la duquesa, y se retiró deshecha en llanto. En el salón de espera vió al médico de cámara, que la saludó afectuosamente.

—Pero ¿es verdad—le preguntó Claudina—que... que el fin está tan próximo?

El le asió bondadosamente la mano, y le contestó:

—Desgraciadamente, así es. La vida de

esa mujer extraordinaria, se extinguirá como la luz de una lámpara falta de aceite: morirá por consunción, durmiendo quizá, sin sufrimiento alguno.

—Señor doctor—dijo Claudina, presentándole la muñeca.

—¡Ah... niña mía, inútil, completamente inútil ahora! Voy a entregarle al duque el parte acerca del estado de la enferma—dijo, siguiendo a Claudina que se retiraba.—Por cierto que Su Alteza acaba de hacer un descubrimiento sensacional. ¿No sabe usted de qué se trata? El señor de Palmer se ha fugado, dejando en la caja ducal un déficit enorme, sin contar con que en dos años, próximamente, no ha pagado a ninguno de los proveedores de la Corte.

—Se ha ido a Francfort la noche última—dijo Claudina indignada,—lo he visto en la estación de W... en donde tomé yo el tren.

—¡A Francfort! ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Yo misma oí como se lo comunicaba a la señora de Berg, con quien hablaba.

—Estaban hechos el uno y el otro para entenderse—dijo el anciano doctor despreciativamente.—Fácil es que sepamos que ella, a su vuelta, ha volado también con el contenido de alguna caja. De todos modos, creo útil darle a Su Alteza esas noticias. Buenas noches, mi querida señorita.

En efecto, en la mañana siguiente se supo que la señora de Berg había desaparecido. Toda la intriga de que habían sido víctimas la duquesa y Claudina evidenció su trama al duque súbitamente, quien se quedó confuso. La señora de Berg fué la que entregó a la princesa Elena la carta que él envió a Claudina por conducto de Palmer, y éste era, indudablemente, quien la había robado.

Claudina se enteró de la noticia al día siguiente... ¿Qué le importaba a ella eso? La joven no pensaba sino en los sucesos que el día que empezaba entonces iba a desarrollar. Las noticias de la duquesa no eran malas: había dormido a ratos: aún no había preguntado por Claudina.

Esta permanecía de pie ante la ventana contemplando el cielo gris y la nieve, que no dejaba de caer; todo le parecía en torbellino suyo marchito o muerto. ¡Qué camino más largo y más desolado se extendía a sus ojos! Un coche vino a pararse ante el palacio. ¡Era él, que desapareció en dirección a la puerta, él, que le iba a dar su contestación a la duquesa!

Todo daba vueltas en derredor de la joven; tuvo que apoyarse para resistir al vértigo que se apoderaba de todo su ser: iba a decidirse de su vida. ¿Pero, por ventura podía tener aún alguna esperanza? Creía que hubiera sufrido menos si no hubiera dado acceso en su corazón a aquellas dudas insensatas. Desde el primer día en que se volvieron a ver en el jardín de Maisonneuve, ¿no se había mostrado él, a la vez, escrupulosamente político y sistemáticamente hostil? ¿No se había dedicado, sin tregua ni respiro, a dirigirle las más ofensivas alusiones? Una vez . . . , por un solo instante, tuvo ella una esperanza: fué la noche en que lo vió pasar a caballo por delante de la casa de los Mochuelos; pero luego comprendió el verdadero objeto de aquel paseo, que en modo alguno fué sentimental, sino una ronda militar para asegurarse de que no se había quedado ella en Altenstein . . . y que el honor de la familia estaba sano y salvo.

Llamaron ligeramente a la puerta, y entró la señora de Katzenstein: llevaba una pequeña canastilla, cuyo contenido iba envuelto en papel de seda.

—Mi querida niña—dijo,— la duquesa acaba de encargarme que le traiga a usted esto sin pérdida de momento.

Y colocó la canastilla sobre la mesita.

—La duquesa la espera a usted dentro de media hora . . . , y dispéñseme usted que la deje, porque me está esperando.

—¿Cómo se encuentra?

—No se queja: por el contrario, dice que se encuentra más aliviada.

Claudina se olvidó de la canastilla: pensaba, con angustia, que lo que debiera ser ya había sido y que aún tenía que esperar media hora para conocer su suerte.

Paseábase para mitigar su nerviosidad, con los ojos fijos en el péndulo, y se detuvo maquinalmente ante la canastilla: sin duda era un obsequio de la duquesa, un recuerdo de su viaje: preciso le era conocer el contenido para darle las gracias por él. Quitó el papel de seda: en el fondo de la cestita, forrada de atén azul, veíanse encajes admirables, y sobre ellos un ramo de azahares, prendido en su sortija de bodas.

La joven se lanzó fuera de la habitación y llegó al salón de espera de la duquesa: La señora de Katzenstein se hallaba con el médico, y colocándose un dedo en los labios, dijo en voz muy baja:

—Su Alteza descansa.

Claudina se volvió, como lo hubiera podido hacer una sonámbula, y se fué, inconscientemente, a la habitación denominada "Biblioteca de la duquesa". Un cortinaje, semidescorrido, separaba la biblioteca de un salón contiguo a ella; de pronto sintió Claudina pasos en aquel salón, y se ocultó en la sombra que proyectaba una de las librerías . . . ¡Era él!, era Lotario: llevaba en la mano, y parecía examinarlo, un ramo de rosas blancas: momentos después se oyó nuevo ruido de pasos y se dejó oír la aguda voz de la princesa Tecla.

La biblioteca no tenía salida más que por aquel salón, por el cual había cruzado ella. Claudina no podía ni quería dejarse ver de Lotario antes de obtener algunas explicaciones referentes a no haber querido recobrar la sortija: le fué preciso permanecer inmóvil.

—Dichosos ojos, barón!—dijo la princesa.—¡Por fin se le ve a usted! ¿Sabe usted que me tiene muy disgustada? Está usted aquí desde ayer y no ha ido usted a verme.

—Las apariencias me condenan; pero nada más que las apariencias: he estado ocupadísimo desde que llegué, y . . . está uno dispensado de hacer visitas el día que se casa.

—¿De veras?—exclamó la princesa riéndose.—Escoge usted mal el momento para

Código Social

El trato en los lugares públicos

Pueden definirse los "lugares públicos" diciendo que son todos aquellos sitios donde, por lo general, se congregan, adventicia o pasajera, personas que no se conocen y que no han tenido, ni acaso tendrán nunca, el menor roce, salvo el impuesto transitoriamente por las circunstancias.

"Lugares públicos", son entonces, la calle, el tranvía, el teatro, el hotel, el balneario, etc.

¿Cómo hay que conducirse en todos estos lugares?

En la calle

Toda persona debe pasar inadvertida en la calle, y da patentes muestras de pésimo gusto, quien, para llamar allí la atención, extrema los ademanes, alza con exceso la voz o lleva trajes llamativos.

Especialmente las mujeres que son jóvenes, si van solas, deben ponerse vestidos de tonos discretos y de gran sencillez, tanto en las formas como en los adornos.

Hoy día, y en las grandes ciudades más aún que en las poblaciones pequeñas, las señoritas pueden ir solas por la calle para dirigirse a sus ocupaciones; pero a las diversiones, paseos y visitas deberán llevar siempre compañía.

Las mujeres casadas gozan de libertad plena para ir a todos los sitios públicos, tanto con amigas como solas.

Pero tanto casadas como solteras deben atenerse a ciertas normas, tales como: caminar con naturalidad, no detenerse ante los escaparates ni mirar con fijeza a los transeúntes, ni contemplar con atención detenida los vestidos de otras señoras.

El saludo en la calle

Cuando alguna señora o señorita se cruce con personas conocidas, podrá ser la primera en saludar; pero tratándose de un caballero, ella debe procurar que parta de él el saludo. Si va sola, únicamente se detendrá en la calle con personas respetables o de

su mayor intimidad. Nunca será una señorita la primera en detenerse y tender la mano a los conocidos que halle en la vía pública, sino cuando se encuentre con una muchacha de su misma edad.

Los caballeros jamás detendrán en la calle a una señora o señorita, a no ser que les autorizase ella con su actitud, y la conversación se caracterizará por lo respetuosa y lo breve.

Al detenerse un caballero en la calle con señoras, se descubrirá al punto y no se pondrá el sombrero hasta que se le invite a ello; cosa que la dama debe hacer sin demora.

Si las damas llevasen la compañía de algún caballero, éste permanecerá descubiertto en tanto que no se cubra aquél que se aproximó para saludarlas.

En tales circunstancias, la despedida se efectuará por la persona de más edad o representación, siendo también aplicable tal forma cuando se encuentren dos caballeros en la vía pública. Nunca se despedirá el caballero de la señora, ni el joven del anciano, ni el subordinado del jefe.

El ofrecimiento del brazo

En muchos países, el caballero ofrece su brazo derecho a la dama que va con él por la calle. En otros —Inglaterra y los Estados Unidos, entre ellos—, se ofrece el brazo izquierdo, lo cual permite conservar libre la mano derecha, y, en caso necesario, apartar a aquellos que intercepten el paso, saludar a los conocidos, aproximar una silla, etc.

En nuestro país, como en España, se cede a las damas el lado interior de las aceras, unas veces toca ofrecerles el brazo derecho y otras veces el izquierdo.

Si caminasen juntas dos personas, ocupará la de mayor respeto la derecha; pero si fuesen por una acera angosta, el puesto de preferencia es el del lado interior de la acera. Conviene renunciar a todo cumplido prolongado, en el que fácilmente ven los extraños una escena cómica y risible, para vencer el empeño que tiene cada uno de los dos

amigos o conocidos en reservar a su acompañante el puesto de preferencia.

En los tranvías y medios de locomoción públicos

Yendo en tranvía es preciso mantener ciertas reglas. Las de urbanidad prohíben ocupar terreno ajeno, empolvar o manchar a los compañeros de vehículo y ensuciar el asiento de enfrente.

Se aconseja la moderación, tanto a los novios en sus mimos y caricias, como a los amigos conocidos de uno y otro sexo, en el tono de voz con que relatan ya asuntos íntimos, ya retrazos autobiográficos que, sin advertirlo los interesados, suelen ponerlos en un ridículo espantoso.

La galantería exige que un caballero ceda su asiento a una dama si todos los puestos estuviesen ya ocupados.

Cuando se acompañase a una dama, ésta será la primera en subir al tranvía o al coche, y el caballero será el primero en descender, para ofrecerle la mano, ayudándola a apearse.

El sitio de honor en un coche es el situado a la derecha del fondo. Cuando se suban dos personas el propietario se colocará a la izquierda, salvo en el caso de que sea un subordinado quien le acompañe. Si el automóvil tiene cuatro asientos y ha de acoger a su propietaria y a dos amigas, éstas ocuparán los dos asientos del fondo y aquélla se sentará enfrente de ellas.

En el templo

El templo, como lugar sagrado que es, debe merecer tanto respeto a los fieles como a los descreídos. Cuando éstos penetren en aquel recinto, como lo hacen voluntariamente, deberán acatar las reglas establecidas para los creyentes, procurando no distraer a nadie en sus oraciones, ni herirlo en sus creencias religiosas con actos impropios del respeto debido al sagrado lugar. Los fieles, por su parte, esmerarán aquí la buena compostura que exigen siempre, en todo sitio, las prácticas sociales.

No se entrará ni saldrá ruidosamente o

precipitadamente. No se gastarán excesivas cortesías para ofrecer un asiento, ni se provocarán cuestiones por la conquista violenta del mismo. Sólo se dirán las palabras imprescindibles, y siempre en voz baja.

En los teatros

En los teatros la adquisición de una localidad jamás autoriza para proceder como uno tenga a bien, pues exigen respetos que se deben guardar celosamente, so pena de pasar por mal educado.

Las señoras no suelen ir al teatro solas, sino acompañadas por sus padres, esposos, hermanos o alguna familia amiga. Se abstendrán de mirar insistentemente a los conocidos, así como de asetear con sus gemelos a alguna persona. Si ven amigos, los saludarán lo expresivamente que permita el grado de confianza; pero en ningún caso les harán gestos extremados con la mano.

En ningún caso hablarán alto ni reirán ruidosamente. Tampoco, mostrarán entusiasmos excesivos ni desdenes inmoderados por la obra que vieran representar. Si están solas, no dejarán su puesto durante los entreactos para ir a saludar a alguna persona de sus relaciones.

Lugares de preferencia

El asiento de preferencia en los palcos es aquel que mejor permita ver la escena, y si se trata de palcos delanteros el situado a la derecha.

Los padres reservarán siempre el sitio delantero a sus hijas, por jóvenes que éstas fueran. Esos mismos sitios quedan reservados exclusivamente a las señoras, y los caballeros se situarán un poco detrás, aunque permanezcan desocupados los sitios de adelante.

En las plateas, el caballero ocupará siempre el extremo de la fila.

La felicidad nace como la rosa, de las espinas y los trabajos.—*Saavedra Fajardo.*

—::—

La falsa modestia es el último refinamiento de la vanidad. — *La Bruyère.*

Para las madres

Cambio de estación

Muchas madres se han adelantado, con evidente perjuicio de sus pequeñuelos, a la estación primaveral. Si bien es cierto que ya ha pasado el 21 de setiembre y que hasta hemos tenido temperaturas de más de 25 grados, no por ello es menos cierto que el desabrigo de golpe a las criaturas, quitarles su ropita de lana y tenerlos poco menos que desnudos es exponerlos a serias enfermedades.

El cambio de ropa, tanto para personas mayores como para niños, debe irse haciendo despacio, por gradación casi insensible, para que el cuerpo, acostumbrado al abrigo permanente, se vaya acostumbrando, poco a poco, a esta mudanza.

También el sol

Y no solamente en el desabrigo repentino reside la imprudencia de las madres. Hay otro detalle que nunca deben olvidar, sobre todo en esta época del año, y ese detalle se refiere al sol. Hacerles tomar horas enteras de sol, so pretexto de contrarrestar los efectos de esa carencia de ropa, es contraproducente, ya que el sol de ahora, de esta época del año, es más bien enfermizo.

Después de tan prolongada carencia de sol fuerte, exponerlos a la influencia de sus rayos, bastante fuertes en estos días, no es muy aconsejable. Como todas las cosas, esto debe usarse en "pequeñas dosis", nunca habrá arrepentimientos.

Los caprichos infantiles

¿A qué se debe que la mayor parte de las criaturas tienen sus caprichos? Acaso a mala educación? ¿Quizás a enfermedades nerviosas, o herencias desconocidas? Se ha tratado de averiguar la causa de esto que ha dado en llamarse fenómeno psicológico. Hasta la ciencia ha intervenido para dejar en claro tan debatida modalidad. Pero hasta el presente, y en contra de la opinión de muchos aprensivos, los caprichos infantiles no

tienen mayor importancia, no obedecen a observaciones espirituales ni cosas por el estilo. Se cree, con fundamento, que tienen su origen en un especial estado de irritabilidad, y nada más, siendo uno de los mejores remedios para ello la buena alimentación.

Paula Lombroso fue testigo de una escena terrible promovida por una niña caprichosa que no quería irse a la cama cuando ya era hora de acostarse: la niña se puso furiosa y decía: "Voy a la cocina, tomo el cuchillo y os mato a todos; mato al padre, a la madre, a los hijos y a las hermanas, y luego os cortaré la cabeza, y os sacaré toda la sangre, y os pondré cabeza abajo, y luego me escaparé a un bosque y me perderé, y no me encontraréis y lloraréis; ¡malos, malos, malos!"

¿Cómo combatir estos caprichos? Se da solamente un método, o por lo menos se dice que éste es el más eficaz: dicho procedimiento consiste en combatir radicalmente los caprichos desde el mismo momento en que se insinúan en el niño. Que él comprenda que hay una voluntad, muy superior y más fuerte que la suya, y que esa voluntad se opone en toda forma a sus rabietas, caprichos y desmanes. Sólo así el niño llega a comprender que hace mal, y que no debe realizar ni esto ni lo otro. Un capricho consentido viene a ser algo así como una válvula de escape para que se insinúen otros y otros, hasta llegar al extremo de que no obedezca ni tenga miedo a nada ni a nadie.

¿Quién tiene la culpa?

El conocimiento acabado —decíamos recientemente en esta misma sección— de cada uno de los detalles que conducen a salvar al niño de las garras en las enfermedades, debe tenerlo presente cada madre, como deber y obligación ineludible.

Nadie ignora que nada hay tan perjudicial como un niño mal educado cuando se encuentra enfermo.

—Veamos, pues, cómo influyen los caprichos de que hablamos más arriba. Y la

madre tiene la culpa de esa mala educación; porque ella, cuando lo ve un poquito enfermo, o con los síntomas de una grave enfermedad, lo abraza alarmada y no piensa más que en mimarlo y acariciarlo, "corriendo hacia él a la menor llamada y pretendiendo anticiparse a sus menores deseos".

En esta forma el niño pierde todo sentido de la obediencia y se hace rebelde, más aún, quiere mandar, y gritará y llorará si no se le satisfacen los menores caprichos.

Los extremos

De esta manera se llegaría al extremo de que terminaría por rechazar hasta los cuidados indispensables; poniendo, como es lógico, su vida en peligro. "Pasada la enfermedad, el niño se ha acostumbrado a ser tirano, mimado, rodeado de mil precauciones, a no obedecer, y continuará portándose despóticamente. La madre querrá imponerse, no tendrá la paciencia excesiva que le hacía sentir la compasión por un sufrimiento, que a toda costa quería evitar; se enojará, intentará recobrar su autoridad, y quizá sea todo en vano y su prestigio habría desaparecido ya. He aquí una verdadera desgracia muy frecuente. ¿Quién no sabe que los niños enfermos son de un carácter difícil? ¿Quién no ha oído decir: ¡pobrecillo, verdaderamente es insoportable, hasta malo muchas veces, pero no se le puede culpar; siempre está sufriendo y por esto su madre ni puede cuidarlo bien, ni puede educarlo como desearía?

Sin embargo, todo esto se puede.

Perfectamente bien educado

De todo lo expuesto queda sentado que el niño debe estar perfectamente bien educado. Naturalmente que es difícil, en la circunstancia apuntada de la enfermedad, lograr dominar suavemente a la criatura, sin ser uno de los factores de su fiebre o de su empeoramiento.

En el acervo de la educación infantil, la madre debe conservar tres cualidades preciosas, que irá haciendo aprender a cada uno de sus hijos. Es decir que el niño debe

ser: obediente, esforzado y generoso.

Es claro que la primera de estas cualidades es la que más se debe tener en cuenta, ya que de ella muchas veces derivan o se refuerzan las otras. Para ser obedecida, toda madre debe comenzar por mandar lo menos posible a su hijo. Toda criatura se cansa con el exceso de encargos y nace en ella un sentimiento de rebeldía, de protesta, del cual sólo la madre con su abuso es la culpable.

Hacer relizar a la criatura cosas livianas, y que ella comprenda que son absolutamente necesarias, es una de las bases de la obediencia. Las cosas superfluas, como por ejemplo, alcánzame esto, lo otro, lo de más allá, trae aquello, tira esto, son todas cosas que abruma al niño, que lo cansan y lo engendran el principio de desobediencia.

La madre debe mandar poco, lo más posible, y cada vez que lo haga debe hacerle comprender que es absolutamente preciso realizar eso.

Si la criatura desobedeciera, la madre debe insistir, hasta lograr su objeto. No desmayar en ningún momento.

Pero debe proceder con suavidad, es claro que no exenta de energía.

Educado en esta forma, el niño cuando llega una enfermedad estará habituado a obedecer y pondrá cuidado en cumplir las prescripciones médicas.

Hay que hacer todo lo posible para evitar o disminuir el dolor, evidentemente; deben usarse todos los calmantes recomendados por el médico, debe atenuarse el sufrimiento por todos los medios lícitos. En una palabra: se cuidará al enfermo todo lo posible, se lo aliviará y tanto como se pueda, se recurrirá a la mayor ternura, pero sin llegar a una debilidad perjudicial para el niño y para la madre, a fin de poder afrontar victoriosamente las horas difíciles que tal vez llegarán.

Nada es comparable a la paciencia en las aflicciones. Esta virtud es la reina y como la corona de todas las otras.

San Juan Crisóstomo.

Consejos útiles

Coloración artificial de las flores

Se obtiene por baños de color que deben ser absorbidos paulatinamente o aplicados por inyecciones. La coloración no se producirá nunca sumergiendo toda la flor en el color ni aplicándolo directamente sobre los pétalos; es indispensable que la absorción se efectúe colocando el extremo del pedúnculo recién cortado en el baño de color. Después de algunas horas la materia colorante penetrará a lo largo de los tallos y se verá su efecto, que comienza en el borde de los pétalos. Los tintes se preparan más o menos diluidos según la intensidad del tono que se da; es conveniente disolver los colores en alcohol y luego agregarles el agua; también se filtrarán antes de emplearlos. El color verde se obtiene con el verde brillante; el violeta se obtiene con el violeta de anilina; y el fucsina o rojo de anilina sirve para preparar los tonos rosados.

Conservación de las flores

Las flores se conservan muy bien colocándolas en una papa grande en la cual se practicarán agujeros para introducir los tallos, luego se coloca dentro de un recipiente opaco y se mantiene sumergida en el agua.

Esta forma de conservar las flores es ventajosa, pues proporciona cierta facilidad para su arreglo.

Para impedir que los insectos roan las pieles

Primeramente se sacuden muy bien las pieles, envuélvase ligeramente con una pieza de lienzo y métase en los pliegues alcanfor molido groseramente. Ciérrase este rollo en un ropero o armario bien ajustado, y de este modo no se acercarán los insectos. Cuando se necesiten, se golpearán y se expondrán al aire durante 24 horas para que se evapore el alcanfor.

Si las pieles tienen el pelo largo, como por ejemplo las de oso y zorra, mézclese con el alcanfor un poco de pimienta negra molida.

Este mismo proceder es bueno para los vestidos.

Lustrado de muebles de nogal

Para lustrar muebles de nogal es indispensable quitarles primero el polvo. Luego se frota con un pedazo de franela vieja, humecido con parafina. Se le pasa un trapo seco y después se le aplica una mezcla en partes iguales de aceite de linaza, vinagre y trementina. El lustre final se saca con un pañuelo de seda, viejo, calentado. Este tratamiento hace resaltar todas las hermosas vetas del nogal.

Modo de dar muy buen sabor al pescado

Frotando el pescado con vinagre antes de guisarlo, o echando media copa de éste líquido en el agua en que se cuece, adquiere excelente gusto y pierde su insipidez.

Papel incombustible

Pásese dos veces sobre el papel una disolución de alumbre en tres partes de agua, cuando ésta está en hervor y cargada de sal, y hágase secar.

Enfermedades de las aves caseras

Cuando una gallina u otra ave doméstica tiene pepita, se sujeta entre las piernas, y abriéndole el pico se la rasca ligeramente la película con una aguja, se le arranca de la lengua, humedeciendo inmediatamente ésta con una gota de vinagre, o de leche bien mantecosa; y se suelta sin darle de beber hasta pasado un cuarto de hora.

Modo de conservar las pieles

Los procedimientos más sencillos son muchas veces los mejores. Se emplea a este fin al alcanfor, la pimienta y la esencia de trementina, y a pesar de estas precauciones sucede con frecuencia que la polilla echa a perder las pieles.

El modo más seguro que usan los peleteros consiste en golpearlas bien por el revés, con una varita, al principio de la primavera,

y peinar el pelo si es largo; de lo contrario es mejor cepillarlos; después se envuelven en un lienzo bien blanco.

La batería de cocina

Cuando se quiere que la batería de cocina de cobre reluzca como el oro, se hará hervir en una cacerola un poco de tártaro diluido en agua. Echese la batería en la cacerola y déjense en ella durante un cuarto de hora; al sacarlos han de bañarse inmediatamente en agua fría, y una vez bien enjuagados con un trapo quedarán limpios y brillantes.

Para limpiar los encajes

Bien extendidos se arrollan sobre un cilindro o un frasco de cristal y se cubren perfectamente apretados, con una tira de tela, que se coserá. Así preparados se le sumerge durante 24 horas en agua saturada de jabón. Luego se sacan y se exprimen para que suelte el agua sucia y se repite la opera-

ción dos o tres veces (hasta que no suelten suciedad). A continuación se les sumerge en otra agua con un poco de azulete, y acto seguido se le quita la envoltura.

Luego se seca bien entre dos dobleces de tela, se desenrollan y se planchan sobre una gruesa manta de lana, con planchas no muy calientes.

Limpieza del aluminio

Lávese con agua caliente, en la que habrá hecho disolver gran cantidad de jabón, y luego de seco con un trapo colóquese durante algunos minutos en un horno no muy caliente, a fin de que se seque por completo y con rapidez. Evítese poner en los recipientes de aluminio lejía, cenizas, álcalis, potasa y elementos ácidos que atacan el metal y lo ennegrecen. La parte exterior de las vasijas podrá limpiarse con cualquiera de los polvos o líquidos que se venden en el comercio para la limpieza de metales.

Asociación! Los Católicos en su iglesia!

Al árbol que está solo, le sacuden los vientos y le despojan de sus hojas; sus ramas, en vez de elevarse, se bajan como si buscaran la tierra.

La planta sola, sin abrigo contra el ardor del sol se deseca y languidece y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le encorva sobre la tierra y el ardor de la codicia le chupa la savia que le nutre.

Mientras no estéis unidos, mientras cada uno piense en sí solamente, no tenéis que esperar más que sufrimientos, desgracia y opresión.

Hay algo más débil que el gorrión y más inerme que la golondrina? Y con todo cuando aparece el cernícalo, las golondrinas y los pajaritos le echan uniéndose en torno de él y persiguiéndole todos a una.

Aprended del ejemplo del pajarito, y de la golondrina.

A quien se separa de sus hermanos, cuando marcha le persigue el miedo, junto a él se sienta cuando reposa, y no le abandona ni durante el sueño.

Por tanto, si se os pregunta "Cuántos

sois?" "Somos uno — respondió, — porque mis hermanos son yo y yo soy mis hermanos".

Dios no ha hecho ni pequeños, ni grandes, ni esclavos; ha hecho a todos iguales.

Pero entre los hombres algunos tienen más fuerza, más alma, o más voluntad, y buscan dominar a los demás cuando el orgullo o la codicia apaga en ellos el amor debido a sus hermanos.

Y Dios sabía que había de ser así; y por eso mandó a los hombres que se amaran, para que se uniesen, y los débiles no cayeran bajo el yugo de los fuertes.

Porque el que es más fuerte que uno, será menos fuerte que dos, y el que es más fuerte que dos, lo será menos que cuatro; y los débiles no temerán nada cuando por el amor de los unos a los otros se unan en verdad.

Un viajero caminaba por el monte, y llegó a un punto en donde una roca había rodado sobre el camino y no dejaba salida, ni a la derecha ni a la izquierda. El hombre, viendo que no podía continuar su camino a causa del peñasco, trató de moverlo para abrirse paso; se

fatigó muchísimo y sus esfuerzos fueron vanos.

Y al verse así, se sentó lleno de tristeza y dijo; "Qué será de mí cuando venga la noche y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo y sin defensa?"

Y como estuviera absorto en este pensamiento, llegó otro viajero, y habiendo hecho lo mismo que el anterior, y hallándose tan impotente como él, se sentó en silencio cabizbajo.

Después vinieron otros y otros. Ninguno pudo mover la roca, y el temor de todos ellos era inmenso.

Al fin uno de ellos dijo a los demás: "Quién sabe si lo que cada uno en particular

no ha podido hacerlo podremos hacer todos juntos?"

Y se levantaron, y juntos empujaron la roca y la roca cedió, y prosiguieron en paz su camino.

El viajero es el hombre; el viaje es la vida; la roca son las miserias que a cada paso se encuentran en el camino.

Ningún hombre solo podría levantar esta peña, pero Dios ha determinado su peso de modo que no detenga jamás a los que viajan unidos.

Esta fuerza de la unión los católicos la encontramos en la Iglesia de Jesucristo.

De "Acción Católica", Panamá.

Nuestras sinceras frases de condolencia

María Cecilia Solera

Profundamente conmovida está nuestra sociedad con la inesperada muerte de la simpática e inteligente hijita menor del apreciable hogar de don José Dolores Solera y doña Consuelo González de Solera.

A la edad de nueve años, hermosa y llena de salud, una violenta operación de apendicitis fue motivo para que la muerte arrebatara la preciosa niña al cariño de sus queridos padres y hermanos a quienes enviamos nuestro más sentido pésame.

Doña Josefa Morella vda. de Canalías

Muy sentida ha sido la muerte de la apreciable matrona doña Josefa vda. de Canalías. Tanto en la sociedad de Limón donde residía, como en San José donde vivió largos años, se le quería y estimaba en lo mucho que valía. Dama profundamente cristiana, de una virtud admirable, muy inteligente y comprensiva de toda labor social.

Nosotras la queríamos mucho y agradecíamos de todo corazón sus frases de aliento para nuestra labor.

Para toda la apreciable familia de la inolvidable doña Pepita, enviamos nuestro más sentido pésame.

Doña Rosa Jiménez vda. de Gómez

A muy avanzada edad murió la muy bondadosa señora doña Rosa Jiménez vda. de Gómez, madre de la apreciable señora esposa de don Mariano Jiménez Rojas a quienes enviamos nuestro más sentido pésame.

Don Germán López Rendón

Este distinguido y honorable caballero colombiano dejó de existir en la ciudad de Cartago después de haber dedicado todas sus energías y talento durante cuarenta años, al magisterio en Costa Rica y Colombia.

Mucho apreciábamos al señor López Rendón, pues al través de su correspondencia comprendíamos lo mucho que valía su alma apostólica y su gran amor a su religión.

Deseamos mucha resignación a su apreciable esposa doña Emilia de López, a sus hijas doña Rosa López de Herrera, señoritas Lucía López y a su hermana doña Emiliana López Vda. de Moncada.

OLVIDO INVOLUNTARIO

Al dar nuestro pésame por la muerte de don Carlos Mangel, olvidamos darlo al apreciable hermano don Enrique Mangel, señora e hijos a quienes pedimos nuestras excusas.

RECETAS DE COCINA

(A cargo de doña Digna Casal de Solari)

COCIDO

En el fondo de una olla grande se ponen unos palitos de madera que no sea amarga o una rejilla de alambre para que el cocido no se queme. Encima se ponen tajadas de res salada, luego una capa de plátanos verdes curra-reces, partidos al través y por la mitad y yucas partidas, a continuación se ponen tajadas de carne de cerdo, y unas tajadas de tocino; cada capa se espolvorea con cebollas, perejil, culantro, tomates, todo bien picado, sal, pimienta y comino, luego se continúa en capas y encima se ponen unos plátanos grandes maduros y enteros, camotes y papas enteras y peladas; se le echa un poquito de agua y se tapa la olla con hojas de plátano y encima se le pone la tapa bien apretada. Se pone a cocinar a fuego lento 5 horas más o menos.

COCIDO ESPAÑOL

Se emplean 2 libras de carne de buey, en trozos grandes, tajadas de tocino, una libra de costilla de cerdo, un pollo o gallina partida en pedazos, 2 cebollas enteras; todos estos ingredientes se ponen a cocinar con un poco de agua en una cacerola, a fuego lento. Aparte, se cocina un repollo pequeño, frijoles blancos o habas y alverjas, media libra de cada cosa. Cuando el repollo está suave, se pica y se echa en la carne cocinada junto con las alverjas y las habas o frijoles, blancos cocinados, unas papas peladas y enteras, sal, pimienta, unas longanizas españolas y un poco de achiote o azafrán; se deja cocinar todo muy despacio hasta que todo esté bien suave y con buen gusto. En el centro de un platón se colocan las carnes y las legumbres alrededor y se sirve bien caliente.

HUEVITOS

Se pone a hervir una libra de azúcar con medio vaso de agua y una astillita de canela hasta que esté a punto de caramelo suave; mientras tanto se baten 4 yemas hasta que estén espumosas, se les va agregando poco a poco el azúcar tibio y se vuelve a poner en la cacerola, meneándola constantemente hasta que al pasar la cuchara se ve el fondo de la

olla, se baja del fuego y se bate para que se corte y se le agrega una copita de vino jerez. Se hacen bolitas pequeñas. Aparte se hace una miel de azúcar a punto de caramelo suave, se baja del fuego y se bate un poco, cuando empieza a cortarse se bañan las bolitas y se colocan en cápsulas de papel.

DULCE DE ROSQUETES

Se ponen a cocinar 8 cucharadas de azúcar con una taza de agua hasta que esté a punto de caramelo suave. Se baten 6 yemas hasta que estén bien espumosas y se les echa la miel caliente y poco a poco se continúa batiendo hasta que esté frío. Aparte se baten las claras a punto de nieve y se mezclan con lo anterior y muy despacio. Se han preparado de antemano unos rosquetes que se han colocado en un platón y bañados con jerez dulce, encima se bañan con los huevos preparados y se pone en la nevera para que se enfríe bien y se sirve.

EL ALIMENTO IDEAL



Cartilla que deben aprenderse de memoria los que manejan automóvil

(Recórtelo y póngalo en lugar visible de su automóvil)

- 1.—No utilice un auto cuyos frenos no correspondan perfectamente.
- 2.—Respete sistemáticamente las ordenanzas vigentes sobre el tránsito.
- 3.—No toque la bocina innecesariamente. Es inútil y molesto.
- 4.—Si conversa, maneje más despacio. No quite la vista de la vía.
- 5.—En los cruces del ferrocarril, la muerte espera. Cruce despacio.
- 6.—No dé marcha atrás acelerando y sin mirar. Es peligrosísimo.
- 7.—No oscile sin motivo justificado. Siga una sola vía recta.
- 8.—Gradúe el espejo retrovisor, usándolo brevemente al doblar.
- 9.—Mientras esté de mal humor no maneje. Es ridículo y desastroso.
- 10.—Al entrar en las vías preferentes o calles de línea, deténgase.
- 11.—No permita nunca que guíe un borracho. Evítelo a toda costa.
- 12.—No se estacione nunca en calles de línea ni próximo a la esquina.
- 13.—Haga las señas a tiempo y obedézcalas también. Es cómodo.
- 14.—No desconecte el motor si va cuesta abajo. Se expone por gusto.
- 15.—No gaste gasolina dando acelerones. Es una tontería costosa.
- 16.—Revise las puertas antes de ponerse en marcha. Salga derecho.
- 17.—No aprenda en la máquina de un amigo, ni preste la suya.
- 18.—Una avería cuesta más que un coche. Un accidente ni se sabe.
- 19.—Manejar con cuidado trae su recompensa y da placer. Es sensato.
- 20.—Al estacionarse vire siempre las ruedas hacia el contén.
- 21.—No lleve los pies sobre los pedales cuando no los usa.
- 22.—No regatee nunca. Desconfíe perennemente de la velocidad.
- 23.—Pasar a un automóvil en una curva es una locura.
- 24.—En una pendiente cuya cumbre oculta la ruta doble locura.
- 25.—En un descenso, sobre ruta estrecha y arbolada, triple locura.
- 26.—El automóvil da oportunidades para demostrar la educación.
- 27.—Acepte como un honor que le llamen cobarde, pero no corra.
- 28.—No pierda el dominio. La prudencia distingue al chauffer.
- 29.—Las curvas tienen derecha, centro e izquierda. Recuérdelo.

PROVERBIOS DE SALOMON

Quien es compasivo será bendito, porque ha partido su pan con los pobres.

Vale más el buen nombre que muchas riquezas: la buena reputación es más estimable que el oro y la plata.

Quien es dadivoso conseguirá victorias y honores, pues arrebató el corazón de los que reciben.

Muchos pensamientos se forjan en el corazón del hombre; pero la voluntad del Señor es siempre la que se cumple.

Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sabio quien a ella se entregue.

El criminal, aunque alcance la impunidad, nunca puede escapar a los remordimientos.—*Pirón.*

ROPA INTERIOR DE SEDA

KAYSER

Surtido completo en la

TIENDA DE DON NARCISO

Botica Vargas

La de mayor confianza para Ud.

Se despachan las recetas de los Dres.

Calderón Muñoz y Calderón Guardia

TELEFONO de los Doctores: **2812**

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentadura de Hecolite, material nuevo
que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda «VICTORIA»
.. de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»
.. de Turrialba, Hacienda «ARAGON»
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Más de 25 años de trabajo

Más de 300 mil exámenes

ES SU MEJOR GARANTIA

Laboratorio Bacteriológico

Lic. don CARLOS VIQUEZ

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

ADELA Vda. de JIMENEZ e HIJOS

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustras, Macetas,
Faroles de hierro forjado, Materiales de
Construcción, Piedra Quebrada.

FERRETERIA - TALLER MECÁNICO

Teléfono 2278

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.